

Solemnidad de la Ascensión del Señor.

Al celebrar la solemnidad de la ascensión del Señor, espero que lo que dice hoy Lucas, en la primera lectura (Hech. 1,1-11) sea cierto en nuestra vida: “¡El Señor Jesús se les presentó, dándoles numerosas pruebas de que estaba Vivo!”. Durante todo este tiempo de Pascua hemos estado intentando vivir la vida pascual de Jesús, pero hemos recibido también muchas bendiciones que nos gritan en el corazón que Jesús está vivo y es maravilloso. ¿Cómo ha sido tu experiencia?

Con la ascensión celebramos la plenitud del triunfo de Jesús sobre el pecado y la muerte. Simbólicamente esto se expresa con la figura de la subida al cielo (donde Dios habita eternamente) y del sentarse en el trono de Dios (signo del poder pleno y la participación en la divinidad). El Jesús que subió a Jerusalén para entregar su vida por nosotros; sube ahora hasta el Padre y recibe de él toda gloria para compartirla con nosotros, sus discípulos.

¿Qué nos ofrece Jesús en su ascensión? La carta a los Efesios (1,17-23) nos habla de un espíritu de sabiduría y de revelación, para conocerlo a él e iluminar nuestro corazón. Gracias a este discernimiento podemos comprender tres realidades: la esperanza a la que nos llama, la riqueza de gloria que nos ofrece desde su reino, y la extraordinaria riqueza de su poder con nosotros. La esperanza nos abre el corazón y nos lanza hacia adelante, “hacia la meta que el Padre nos tiene preparada en su Hijo” (cfr. Fil. 3,14). La gloria es lo propio de la divinidad, y sumergirnos en ella, como los discípulos en el Tabor, es vivir una experiencia grande y transformante de Dios, capaz de cambiar plenamente nuestra vida. El poder de Dios es el mismo Espíritu divino que se manifiesta en nosotros con obras grandes de vida y compromiso.

Entendemos porqué la fiesta de la Ascensión se conecta con la fiesta de Pentecostés o del Espíritu, que celebraremos el próximo domingo. La victoria de Cristo nos comparte su propio Espíritu, y este Espíritu es el Poder de Dios, capaz de crear y recrear, de hacer nuevas todas las cosas, de vigorizar y fortalecer nuestras debilidades y pequeñeces.

Por eso Jesús nos dice que su misión ha terminado, puede volver sereno y feliz a la casa del Padre (Luc. 24,46-53), pero nos entrega ahora su misión, para que sea la nuestra. Por la fe y la participación en la Eucaristía conformamos el Cuerpo de Cristo y somos su continuación en la historia de los hombres. Nos corresponde a nosotros ser testigos de Jesús, anunciar y vivir su Palabra, dar signos concretos de que él está vivo y es Señor del universo. Nuestro anuncio invita a la conversión y ofrece el perdón de los pecados a todo aquel que se una a nosotros en la fe.

Para eso contamos con la bendición del Señor: él extiende su mano sobre nosotros y derrama su Espíritu, para que nos cubra, nos llene y nos fortalezca. Con su bendición somos ahora capaces de volver a nuestro lugar de vida y de trabajo, llenos de alegría, para compartir con otros la experiencia de Jesús y para ser creyentes de bendición y alabanza.

Señor Jesús, te damos gracias por tu victoria compartida a nosotros. Te reconocemos como Señor y Rey de nuestra vida y estamos dispuestos a trabajar como servidores del Reino, anunciando tu Evangelio y ofreciendo signos del Poder del Espíritu. Que

nuestra vida se llene de tu presencia; que nuestro trabajo y acción en medio del mundo sean signos de tu misericordia y de tu amor. AMEN.

P. Carlos G. Álvarez cjm.